

## La educación frente al sentido de la existencia

• **María Angélica González Martínez** •

Universidad Anáhuac, Cancún, México

La persona, sin lugar a dudas, vive inmersa en el tiempo y en el espacio, dos leyes inequívocas que no requieren de mayor comprobación científica porque simplemente son evidentes por sí mismas. Lo que no resulta tan claro, es cuando damos un paso más adelante y nos preguntamos como seres que poseemos una conciencia: ¿qué hago con mi tiempo?, ¿qué hago en el espacio?, es decir, ¿qué hago con mi existencia?

El propósito del presente escrito es hacer una reflexión sobre las aportaciones del filósofo español Carlos Díaz con el propósito de plantear algunos lineamientos en torno a la educación; en el tema eje de toda la problemática existencial humana: el sentido de la existencia. Para cumplir con este fin creo que es necesario realizar una revisión al legado antropológico y ético, para así poder llegar al tema del sentido de la existencia.

Carlos Díaz, esencialmente, propone que la radical vocación del hombre es la trascendencia que emana desde el afán de gratuidad; por esto afirma que el verdadero nombre del hombre es *acogida y pasividad agraciada*. El ser humano, esencialmente indigente, es radicalmente un ser necesitado, no autosuficiente; por lo tanto, en un primer momento está abierto a que los demás suplan sus carencias. En un segundo momento, la pasividad a la que se refiere Díaz no es aquella que se explica como una parálisis de la acción. Él nos propone como radical propósito de la vida humana llegar a encender la pasión propia de aquel al que le duele la indigencia del hermano, aquel que es capaz de negarse a sí mismo para extender la mano que acoge y que protege la vulnerabilidad de otro ser. “No la actividad dominadora sino la pasividad gratuita, no el mérito que conquista sino la gracia que convoca,

no el atesoramiento sino la entrega es lo que al final constituye el *nombre* de la persona”.<sup>37</sup>

Este primer principio se traduce, en la vida cotidiana, en la importancia de la formación de la conciencia desde la niñez en orden a la responsabilidad y el compromiso de la realización de las otras personas. Creo que la vigencia de este principio es una propuesta digna de ser tomada en cuenta, ya que apunta a la formación de comunidades, no simplemente de vínculos sociales en el sentido de la necesidad y el pragmatismo.

Desde esta perspectiva, la evidencia de lo que realmente es esencial en la persona se puede constatar en una doble manifestación: a) una naturaleza que es tremendamente vulnerable por la tremenda indefensión con la que el ser humano llega al mundo; b) dada la potencialidad que emana de la inteligencia y la voluntad, surge la posibilidad de llegar a un altísimo nivel de desarrollo que genera todo tipo de bienes en forma de excedentes y, por ende, la posibilidad de una vida plena, holgada y generosa. Esta doble afirmación significa que la persona, en las primeras etapas de su vida, es un ser terriblemente indefenso por su bajo nivel instintivo, por lo que es propio de su condición recibir toda clase de atenciones, mimos y cuidados, sobre todo por parte de la madre. Tal carencia, sin embargo, no es totalitaria. La persona viene a la vez equipada en forma complementaria por sus facultades superiores.

Una vez que se va avanzando en el proceso de desarrollo rumbo a la madurez, y gracias a la formación de la conciencia, las facultades superiores toman el control de mando, supliendo el bajo nivel instintivo; entonces la libertad se manifiesta en la toma de decisiones, es decir, dirige el rumbo de la vida: se gana en cuanto a ser más eficiente en la resolución de los problemas, la persona hace posible un mayor legado de la cultura y la sabiduría.

Tal y como lo experimentamos en la cotidianidad, desde que existimos necesitamos que nos donen, que nos cuiden, que nos nutran, que nos quieran y mimen, y todo esto lo expresamos desde chiquitines polisígnicamente mediante la llamada, los gestos, el llanto, como lo manifiesta cualquier pobre necesitado de la ajena dádiva, a saber, en “vocativo”: ¿qué podría hacer el realmente pobre sino pedir, pedir por su boca vocativa o por su gesto invocativo?<sup>38</sup>

37 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 55.

38 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 43.

El proceso de desarrollo lo constatamos cuando la persona va logrando exceder su precariedad en ciertos aspectos y, entonces, se encuentra posibilitado —en sentido facultativo— para ir al encuentro del otro y coadyuvar en el proceso de desarrollo del *tú*. Es necesario remarcar que, a través de la vida, la persona, aunque llegue a tener grandes y valiosos excedentes en cuanto a riqueza humana, no llega a ser nunca lo suficientemente autónoma del todo, lo cual significa que la relación del *yo* con el *tú* y viceversa es siempre necesaria y edificante. En este sentido, todo educador debe lograr un justo balance entre el dar y el dejar ser al otro; la tensión radica en que el dar no sea excesivo, porque esta medida puede llegar a paralizar la capacidad de superación personal, pero que tampoco sea tan pobre que genere angustia de privación de lo esencial para cada persona.

Consideramos que este factor hace que la educación sea una llamada a la conciencia del educador en el sentido de que cada persona es digna de merecer su justa y muy personal medida, por lo que se estaría respetando las condiciones que ella tiene de ser única e irrepetible. Recuerdo que en una ocasión el Dr. Carlos Díaz me dijo que esta tarea es esencial en el educador y, ciertamente, muy difícil de lograr, dándome un consejo claro y contundente: busca en los ojos del niño la luz de Cristo. Sólo esto nos puede llevar a dimensionar el valor de la persona, de su dignidad y de la trascendencia de la formación humana.

Lo propio del hombre es, pues, vivir inmerso en la dialéctica del *ayúdame-te ayudo*, forma en la cual se da un proceso vinculante de apoyo entre las carencias del uno con las excedencias del otro; esto llevado al plano de lo *macro* da como resultado toda una red de enlaces que podemos llamar el *nosotros*, que dentro del *personalismo comunitario* se comprende como comunidad de vida y amor. En la medida en que a la persona se le dispense cuidado y amor en la vida, tanto más proclive será en la función de amar y de ser generosa en sus relaciones personales. Esto conlleva la formación de un círculo virtuoso, pues quien recibe amor está en posición de henchirse de él y transmitirlo generosamente hacia los demás y, si este proceso se multiplica, entonces toda una comunidad se verá favorecida por el efecto del amor, el don y la gratuidad.

Contrario al pensamiento de la Edad Moderna, para Díaz, la primera evidencia del ser de la persona es la indigencia, la evidente necesidad que presenta el ser humano desde el inicio mismo de su vida de ser amado, protegido, acogido en el amor: “La primera evidencia humana no es en absoluto la del *yo pienso*, tal y como lo quisieron Descartes y la Ilustración, sino la evidencia de una relación que surge además con una súplica: *por favor, quíereme*.”

De peticiones logradas y de expectativas frustradas se alimenta cada persona en su trato inevitable con las demás”.<sup>39</sup>

Lo propio de la persona es, pues, desde esta perspectiva, el construirse apoyado en el amor y la ayuda mutua, o el proceso de personalización se da a través de esta relación. De otro modo, la persona simplemente no llegará a serlo del todo, no alcanzará el ámbito de la plenitud personal:

Vayamos a la nuestra, la del soy amado luego existo, que no comienza con el solitario y arrogante yo, (nominativo), sino con el relacional vocativo, con el “por favor”, que se verá correspondido por el don con que le responde el genitivo. Nuestra dialéctica es, en fin, la siguiente: vocativo, genitivo, dativo, ablativo, nominativo; nunca acusativo.<sup>40</sup>

Para Díaz, es fundamental que quien educa tenga en mente que el proceso de desarrollo en la vida de la persona se da en una permanente dialéctica: introspección-trascendencia, encuentro-desencuentro, perderse- encontrarse, dar-recibir, etc. El ser de la persona se finca gracias a la interrelación con el otro: “Yo llego a ser yo en el tú; al llegar a ser yo, digo tú”. Ser persona significa renuncia a la soledad:

No soy por lo que soy, soy por lo que eres.  
 Por lo que soy de ti por los ayeres.  
 Por el tiempo que fue, por lo vivido.  
 Por lo que eres en mí, por lo que he sido.  
 Aunque todo después vuelva al olvido.

Este poema expresa la forma en la que la persona conforma su identidad personal en la relación con el tú, y de dicha relación surgen dos nuevas identidades. No somos lo que somos por nuestro propio mérito; soy lo que soy porque el otro me llama a ser de forma tal que me invita a dar respuesta a su llamado o, para mejor decir, a sus continuos llamados. Así, ante la precariedad del tú, surge la posibilidad de un *yo* fuerte y generoso. La identidad personal se forja gracias a la interrelación de dos o más personas. La personalidad del hombre es tal por el tipo de relación que ha llevado con su mujer, sus hijos, sus padres y todo ser humano que a lo largo del camino, de una forma u otra, ha tocado su existencia. Y así, a su vez, la identidad de cada persona que ha estado presente en la vida de este primer hombre queda definida de

39 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer, 1999) p. 22.

40 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer, 1999) p. 43.

una u otra forma, para bien o para mal. En esta extensa correlación podemos apreciar la necesidad latente de hacer una verdadera conciencia de la responsabilidad en la realización y logro de plenitud y felicidad en la propia vida y en la de los demás. A la pregunta *¿quién soy?*, la respuesta es *yo soy tú, yo soy nosotros*.

Lo esencial de la persona, decimos, es su propia indigencia, que se manifiesta en el reconocimiento de la necesidad que enseguida surge llevándola a pedir ayuda: el vocativo es, pues, quien realiza la acción de clamar por atención y cuidado. Del interior de la persona surge desde sus primeros momentos de vida “la interpelación hacia el tú, por la frágil invocación, por la desgarrada súplica y el exclamativo ¡por favor!”<sup>41</sup> La posmodernidad y sus sistemas capitalistas dan un giro contrario y en la formación humana apunta más hacia la forja narcisista de la autonomía total de la persona y el menosprecio del indigente; este esquema nos ha llevado a la valoración de la soledad, pero como en el pecado se lleva la penitencia, sin saberlo estamos condenándonos mutuamente al desamparo. La falta de sentido de la existencia apunta a la soledad.

Quien mantiene el diálogo con el vocativo, su interlocutor, es el genitivo, por lo tanto, esta segunda figura es quien está en posibilidad de dar una respuesta, ya sea positiva o negativa a la interpelación o llamado de auxilio de la primera persona. Díaz propone tres tipos de respuesta ante este llamado propio del ser humano:

- a) El primero se da en el sentido de quien se confía a una persona que tiene cuatro cualidades primordiales: rectitud, fortaleza, elocuencia y capacidad de darse con generosidad. En este estrato, es necesario apuntar que el adulto que está formando a otra persona debe esmerarse en forjar un carácter en sí mismo que integre al menos las cualidades antes señaladas.
- b) La interpelación del vocativo es aquella en la que se encuentra la respuesta propia de una madre ante el hijo desvalido, una respuesta misericordiosa en su totalidad; el genitivo es sinónimo de refugio o resguardo de la indigencia humana; la madre es aquella que cobija al hijo, lo nutre, pero a la par lo fortalece.
- c) La respuesta que se caracteriza porque se anula toda petición del vocativo, ya que éste se halla plenamente confiado en que el genitivo conoce todas sus necesidades plenamente y, por lo tanto, no es necesario ni

---

41 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 43.

siquiera pedir: se descansa en el supuesto de que todo será provisto en el momento mismo en el que se genere la necesidad. Este estrato requiere el desarrollo de un “sexto sentido”; quien ama verdaderamente conoce al otro y se anticipa a sus necesidades.

Independientemente de cualquiera de las tres formas que el genitivo otorgue, la respuesta del vocativo siempre deberá ser la del agradecimiento. El agradecimiento es una muestra de delicadeza humana. Ser agradecido es propio de aquellos que han nacido en buena cuna y que conocen el mérito de quien sabe reconocer la generosidad del otro. La vida se otorga gracias a un infinito gesto de generosidad por el amor que profesa Dios por el hombre; esto tiene un enorme significado en la radicalidad constitutiva del ser humano: la génesis de la vida está en la gratuidad.

Educación consiste, pues, en fomentar este espíritu de generosidad en un triple sentido: dar, recibir y agradecer. Una de las formas más nobles de agradecimiento consiste en dar a un tercero lo que se nos ha dado. Este proceso tendrá un efecto multiplicador muy enriquecedor.

Establecida la relación del vocativo-genitivo, es necesario ir a explorar otro concepto: el dativo. Una vez que la anterior relación se da en forma positiva, es decir, cuando resulta edificante para el desarrollo de la vida humana en toda su dimensión por la generosidad de la entrega y la trascendencia, se llega a establecer como el ideal de interlocución humana, esto es el dativo: “A esa su transfusión se denomina con el hermoso vocablo dativo, donación, donativo, don nato desde el principio que busca perpetuarse comunicativamente”.<sup>42</sup> La acción vinculante está muy lejos de utilizar o manipular a otra persona para conseguir los propios fines. Con esta acción se niega toda posibilidad de caer en el individualismo narcisista que pretende poder, dominio y manipulación al estilo de los valores posmodernos que Nietzsche legó a la humanidad.

La persona, cuando ejerce la acción de hacer de sí misma un don, puede hacerlo a través de dos vías: el tiempo y el espacio. El segundo tiene una menor categoría porque se trata de dar algo, cosas. En cambio el tiempo es la donación que hace verdaderamente trascender a la persona: “Dentro del dativo de tiempo, el verdadero dativo personal no es el tiempo *cronológico*, de quien meramente coexiste con el otro, sino el dativo *kairótico*, de quien se entrega totalmente en ese tiempo. Aquí, cuanto más mejor, aunque a falta de cantidad bueno es el tiempo de calidad relacional”.<sup>43</sup> Díaz reconoce que

42 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 48.

43 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 48.

en el darse existe privación, dolor y sufrimiento porque el *yo* sacrifica los bienes que le son propios en aras de beneficiar al *tú*. Aunque como efecto de la entrega, paradójicamente la felicidad se hace presente como efecto de la abnegación.

El abnegado es la persona capaz de aceptar sufrimiento o pérdida en beneficio de las personas o causas que ama. El abnegado vive la vida desde la perspectiva de la generosidad, sintiendo la satisfacción de dar el ser o la causa que se ama mayor que el sufrimiento que esto pueda acarrear; por tanto, en la abnegación hay la felicidad de poder dar y la alegría de ver enriquecerse aquello que uno ama. A diferencia del masoquista, el abnegado realiza el sacrificio porque éste resulta irremediable, no por encontrar placer en él. Hay más gozo en dar que en recibir, y más aún en regalarse que en regalar.<sup>44</sup>

Vale la pena reflexionar en este punto sobre la convergencia de ideas de Mounier y de Díaz, ya que ellos alumbran un mismo aspecto fundamental de la condición propia del ser humano. Emmanuel Mounier ha puesto mucho énfasis en el valor que tiene reconocer que: “Yo no me realizo como persona, sino el día en que me doy a los valores que me llevan más allá de mí”.<sup>45</sup> Carlos Díaz, al unísono, refuerza el valor de la trascendencia:

Quien gozó de una vida dativa termina haciendo del dativo un ablativo; al fin y al cabo, el ablativo es un dativo hecho hábito vital: para ti, contigo, hacia ti, desde ti, en ti... Todas las preposiciones, todas las circunstancias conspiran en favor de los demás cuando se ha hecho de la propia vida un don en cualquier tiempo y lugar.<sup>46</sup>

Ciertamente, estamos ante la recompensa que recibe quien es fiel a sus principios, que no son otros que valores convertidos en acciones y que a fuerza de constancia y perseverancia llegan a formar parte de la identidad personal. En este punto nos situamos ante la esencia radical de la persona: la aceptación libre e incondicional de la vocación que le es propia por el hecho de ser persona. Para Díaz, esta libertad atesora la grandeza de perpetuarse en lo más radical de la conciencia, es un valor que se compenetra dentro del alma como virtud, y a tal valor lo denomina *ablativo*. La plena realización

44 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 48.

45 Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo* (Salamanca: Ed. Sígueme, 2002) p. 88.

46 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p.54.

de la existencia humana se encuentra precisamente en el cúlmen al que se asciende cuando una persona se convierte en un ablativo; por ende, es aquí donde se encuentra el sentido.

El maravilloso entramado del personalismo comunitario de Carlos Díaz formado hasta ahora por cuatro conceptos básicos: vocativo, genitivo, dativo y ablativo conforma una de las propuestas más humanas que se conocen en el universo de la filosofía. Sin embargo, es preciso reconocer que, si bien no es empresa fácil acceder mentalmente a estas ideas, mucho más difícil resulta en la vida cotidiana llegar a asimilar estos valores con acciones reales que resulten congruentes con dichos principios. Por esta razón es necesario no caer en la trampa de la fantasía y mejor reconocer los peligros que el camino depara para así fortalecer más la disposición de ánimo y estar preparados contra los vicios y el error. En el extremo opuesto, encontramos al *no-dativo* o al egocéntrico, que se reconoce como aquella persona que se niega a establecer una relación de compromiso y amor hacia los demás.

La condición de todo ser humano presenta una tendencia natural a este estado de narcisismo, razón por la cual se han de tomar las providencias necesarias para incidir en la formación de la conciencia de la persona, ya que estas medidas redundarán en el bien de toda persona, es decir, de toda la comunidad. Una vez más, como una sólida mancuerna, Mounier y Díaz complementan mutuamente sus propuestas al afirmar que: “Por todas estas vías hemos de llegar a crear un hábito nuevo de la persona, el hábito de ver todos los problemas humanos desde el punto de vista del bien de la comunidad humana y no del de los caprichos del individuo”.<sup>47</sup> En tanto que Díaz propone que:

se enriquece sin medida quien llega a olvidarse de sí mismo para entregarse a los demás. Todos podemos ser ricos sin límites si aprendemos a dar ilimitadamente. Por eso la dádiva es el más potente antidepresivo. Las personas temerosas, angustiadas, irascibles y deprimidas se curan cuando comienzan a dar sin desear nada a cambio, pues ello produce una inenarrable sensación de paz, equilibrio interior y alegría en cualquier circunstancia.<sup>48</sup>

La plenitud de la persona emana desde su radical capacidad y su necesidad de relacionarse con otras personas, con el mundo y con Dios: “Todo ser humano llega a ser consciente de su dignidad óptica y toma conciencia de su propio valor como ser humano sólo a través de la relación con otros, y lo

47 Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo* (Salamanca: Ed. Sígueme, 2002) p. 60.

48 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer, 1999) p. 50.

hace de modo especial cuando otro ser humano toma hacia él la actitud que corresponde al valor de las personas, es decir, el amor”.<sup>49</sup> El amor es, pues, la fuente de la relación personal que se cristaliza en el momento en que se establece la sinergia entre dos seres humanos. Dando un paso más adelante, llegamos a la conclusión de que, si la trascendencia del hombre tiene como piedra angular el amor y si el amor proviene del espíritu de Dios, entonces es necesario pasar al plano de la metafísica.

Lo propio de la persona es ir andando por su camino en pos de Dios, el Ser por excelencia, única Entidad que es capaz de saciar sus ansias de infinitud, por ser la causa dinámica y eficiente que promueve su origen y su realización personal. Carlos Díaz asevera que “la criatura no puede ser definida desde sí sola, sino desde lo otro y hacia lo otro, realidad abierta y dinamizadora dinamizada”.<sup>50</sup> La persona se sitúa ante el plano de lo infinito, de la perfección del cosmos, de Dios; y en lo terreno, se relaciona con todo aquello que se ve, se palpa, se mide, lo que puede ser conocido por los sentidos y probado por el método científico, pero, fundamentalmente, en donde ocurre el encuentro con *el otro*. Así, la persona no es un ser inmanente, cerrado a otras realidades, sino que, partiendo de este estrato y en forma inmediata se da la apertura, la trascendencia.

La persona, centro de intimidad y fuente de trascendencia, puede elegir permanecer en soledad, ya sea para bien o para mal. La primera clase de soledad es aquella en la que la persona responde a la llamada de su interior y tiene como propósito el encuentro consigo mismo. En ese recinto, la persona se conoce a sí misma, se da cuenta de sus posibilidades y de sus limitaciones, desde ahí se proyecta la libertad que se forjará desde el inicio como la idea de un pensamiento, luego se producirá la sonoridad de las palabras y, finalmente, culminará en una decisión: la de realizar un acto concreto o simplemente la resolución de no hacer nada. Esta tridimensionalidad del proceso de realización personal, mediante el cual la persona define su identidad, se da una y otra vez, en forma continua y a cada instante de la vida. Salir de sí mismo para luego volver a la introspección y una vez más hacia la proyección vinculante con el mundo. El momento de encuentro del *yo* con su interioridad requiere de silencio y soledad: *soledad en uno que es todo*.

El silencio propiciado desde lo más radical de la persona es imprescindible como movimiento de interioridad para reconocer la valía interior y, entonces, volcarse hacia fuera, hacia el otro para volver a sintonizar el diálogo, el intercambio de riquezas personales. Se cuenta que una hermosa tarde de

49 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 28.

50 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999) p. 6.

primavera un amigo de El Greco lo encontró sentado en una habitación de su casa con las cortinas echadas: “—¿Por qué no sales a tomar el sol?—, le preguntó. —Ahora no—, respondió El Greco; no quiero perturbar la luz que brilla en mi interior”.<sup>51</sup>

La segunda clase de soledad es terriblemente destructiva simplemente porque es infértil. La soledad que no induce al proceso de formación personal paraliza al ser humano y lo abstiene de vincularse con su entorno. Estamos ante una doble pérdida: pierde la persona misma y pierde el universo entero.

En este recinto, el hombre se encuentra con la esencia misma del amor: Dios. Por lo tanto, el hombre que ha buscado y encontrado la manera de ingresar en su corazón, nunca estará solo, a pesar de las soledades y el desamparo al que pudo haber sido condenado por otros seres humanos.

Díaz reconoce, desde una visión existencialista, que el hombre camina por la vida, conformado desde el tiempo, pero siempre acompañado de una terrible nostalgia. La nostalgia es sinónimo de una sed de infinito, que surge desde lo más profundo de su interior. ¿Hacia dónde se dirige el hombre? o mejor, ¿hacia Quién se dirige con el ansia de colmar todos sus anhelos? Ante esta incógnita, se postula que al hombre lo embarga una profunda pasión que hunde sus raíces en el mar infinito del amor.

La respuesta, en pocas palabras, es que —sin saber por qué— la persona se dirige a cada instante de su vida, como programado en un chip interior, y aunque ni siquiera se llegue a una explicación racional consciente al Absoluto.

En síntesis, comprender la realidad desde la perspectiva del personalismo de Carlos Díaz tiene implicaciones muy profundas en el pensamiento, la palabra y la acción; sin embargo, no resulta fácil ser congruente porque actuar con relación a un eje de valores implica sacrificio y compromiso y, ante todo, prudencia y fortaleza. Por esto hay tan pocas personas que presentan las credenciales de un liderazgo honesto, claro y responsable.

---

51 Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Tomo I, (Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer, 1999) p. 26.